

Carlos Solchaga

Las cosas como son

Diarios de un político socialista (1980-1994)



Galaxia Gutenberg

Carlos Solchaga es en la actualidad presidente de la consultoría internacional Solchaga Recio & asociados, donde ha podido realizar actuaciones de consultor tanto dentro como fuera de España en colaboración con organismos internacionales. También ha formado parte del Grupo de Trabajo sobre Competitividad que presidió en su día Carlo A. Ciampi y es presidente de honor de la Fundación Euroamérica, presidente de la Fundación Arquitectura y Sociedad y ha sido miembro de los patronatos de otras instituciones.

En su vida política Carlos Solchaga fue, desde su afiliación al PSOE en 1974, consejero de Comercio de Euskadi (1979-1980), diputado del Congreso (1980-1994), ministro de Industria y Energía (1982-1985), ministro de Economía y Hacienda (1985-1993), presidente del Comité Interino del Fondo Monetario Internacional (1992-1993) y presidente del Grupo Parlamentario Socialista en las Cortes Españolas (1993-1994).

Ha dictado multitud de conferencias y participado en seminarios y jornadas nacionales e internacionales. Es autor de múltiples artículos y del libro *El final de la edad dorada* (1997).

Estos diarios dan testimonio de la experiencia política de Carlos Solchaga entre la primavera de 1980, cuando se incorporó al Congreso de los Diputados, hasta su dimisión como presidente del Grupo Parlamentario Socialista y como diputado por Navarra en mayo de 1994. Entre estas dos fechas fue ministro de Industria y Energía (diciembre de 1982 a junio de 1985) y de Economía y Hacienda (julio de 1985 a julio de 1993). Desde la cartera de Industria y Energía tuvo que afrontar importantes decisiones (entre otras, la reconversión industrial y el saneamiento del sector eléctrico) en el seno de un Gobierno que estableció las bases para la modernización de España, su adhesión a la Unión Europea, entonces CEE, y la creación de un moderno Estado del Bienestar. En su larga etapa como ministro de Economía y Hacienda siguió enfrentándose a situaciones difíciles, como las tensiones con UGT, que desembocaron en la huelga general de 1988, a consecuencia de los retos que planteaba la homologación del país con las economías abiertas y avanzadas de Europa, y como los enfrentamientos con grupos de interés en el proceso de concentración bancaria y la guerra sucia que ello desató como efecto inevitable de los profundos cambios en la estructura de poder que se produjeron bajo el impulso del Gobierno socialista. Estas páginas reflejan la enorme complejidad de unos años decisivos en la historia política y económica española, las luces y las sombras en la labor diaria de un joven político socialista que siempre supo mantener su actitud crítica.

Edición al cuidado de María Cifuentes

Publicado por:
Galaxia Gutenberg, S.L.
Av. Diagonal, 361, 2.º 1.ª
08037-Barcelona
info@galaxiagutenberg.com
www.galaxiagutenberg.com

Edición en formato digital: noviembre 2017

© Carlos Solchaga, 2017
© Galaxia Gutenberg, S.L., 2017

Conversión a formato digital: María García
ISBN: 978-84-17088-68-2

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede realizarse con la autorización de sus titulares, aparte las excepciones previstas por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 45)

A Gloria

Índice

Introducción

1. Del Parlamento al Gobierno
2. En el Ministerio de Industria
3. Llegada al Ministerio de Economía y Hacienda
4. El Gobierno de 1988
5. La dimisión de Alfonso Guerra y sus consecuencias
6. Del Gobierno al Parlamento

Epílogo

Acrónimos

Introducción

El 9 de marzo de 1980 se celebraron las primeras elecciones autonómicas en el País Vasco, una vez ratificado el Estatuto de Guernica. En ellas fue elegido José Antonio Aguiriano, un buen amigo mío, para ocupar un puesto en el Parlamento vasco por la lista del Partido Socialista de Euskadi (PSE-PSOE) por Álava, debiendo por tanto renunciar a su escaño en el Congreso de los Diputados –ya que ambas funciones eran y son incompatibles–, lo que me permitió a mí, que había sido segundo candidato por el PSOE en la lista de las elecciones del 1 de marzo de 1979, ocupar su lugar.

De esta manera indirecta me incorporé a mi escaño en el Congreso de los Diputados el 14 de abril de 1980, fecha que, por su coincidencia con el 49 aniversario de la proclamación de la Segunda República en 1931, yo consideré auspiciosa. Como el último año había estado viviendo a caballo entre Madrid y el País Vasco, me pareció también señal de un futuro más estable el hecho de que pudiera centrar mi actividad política en el lugar donde podía residir de manera continuada y donde estaban instalados mi mujer, Gloria Barba, y nuestros dos hijos, Carlos y Miguel, que entonces iban a cumplir diez y ocho años respectivamente.

Quizás fuera por este sentimiento de estar viviendo un punto de inflexión en mi vida, o quizás porque esperaba y deseaba tener una actuación política destacada, el caso es que decidí en aquel momento llevar algo parecido a un diario (yo ya sabía que nunca me sometería a la disciplina de la entrada diaria) en el que anotar los principales aconte-

tecimientos en los que, por razón de mis eventuales responsabilidades políticas, hubiera de participar desde entonces en adelante. Pensé que, aunque al final mi participación no fuera particularmente relevante, en todo caso siempre me gustaría recordar lo que había pensado y sentido sobre lo que me habría tocado vivir en política.

Al principio utilicé un cuaderno en el que escribía con cierta asiduidad. Más adelante, cuando como miembro de los gobiernos que fue formando Felipe González entre 1982 y 1993 hube de hacer frente a las tareas más exigentes de un cargo ejecutivo, las entradas fueron más irregulares, aunque la existencia de unas agendas de trabajo «ilustradas» y un buen archivo personal me permitieron mejorar la cobertura de los principales acontecimientos en los que participé. A lo largo de todos aquellos años escribí notas más o menos largas sobre asuntos de cierta complejidad que me parecían importantes y que incorporé con pequeñas modificaciones en las fechas correspondientes al momento en que fueron escritos. Para el año 1996 estos diarios habían tomado la forma en la que, después de más de dos décadas, los va a poder conocer ahora el lector. Desde entonces los he releído con cierta asiduidad, respetando las opiniones que me inspiraron ciertas actuaciones mías y de otros –aun cuando ahora no las mantendría en algunos casos–, y ateniéndome al texto original, pues, si bien nunca me propuse escribir una autobiografía o unas memorias, que siempre admiten una mayor subjetividad, sí me pareció obligado no ocultar mis sentimientos, convencido como estoy de que no existen testimonios asépticos o insesgados.

Así, estos diarios pretenden dar el testimonio de mi experiencia política entre la primavera de 1980, cuando me incorporé al Congreso de los Diputados, hasta la primavera de 1994, cuando presenté mi dimisión como presidente del Grupo Parlamentario Socialista y también como diputado al Congreso por Navarra, incluyendo también mis anotaciones durante el tiempo en que fui ministro de Industria y

Energía (de diciembre de 1982 a junio de 1985) y de Economía y Hacienda (de julio de 1985 a julio de 1993).

Mi vida política y mi militancia en el Partido Socialista Obrero Español (PSOE) no se iniciaron, sin embargo, en la fecha en que comienzan estas anotaciones. En algún momento del invierno de 1974 a 1975, no recuerdo si antes de la Navidad o después de ésta, yo me había incorporado formalmente al PSOE con el aval de dos miembros del partido: Miguel Boyer y Luis Gómez Llorente, personas ambas que habían pasado por las cárceles franquistas debido a su militancia socialista y que estaban entre las mejores cabezas del PSOE.

Siempre me he sentido orgulloso de que uno y otro quisieran apadrinarme, y de que ambos me profesaran su afecto, que en el caso de Miguel Boyer fue la base de una gran amistad entre nosotros que, desde que en 1969 nos encontramos en el Servicio de Estudios Económicos del Banco de España, había de durar hasta su muerte en 2014. Gómez Llorente y Boyer representaban dos extremos dentro del PSOE, que en los últimos años del régimen franquista se venía renovando en el interior al margen del partido oficial que lideraba Rodolfo Llopis en el exilio. Luis Gómez Llorente seguía siendo marxista y Miguel Boyer, como yo mismo, no lo era en absoluto, como demostraría poco tiempo después cuando, hastiado de análisis marxistas que consideraba obsoletos y fuera de lugar, dimitió de la Comisión Ejecutiva elegida en el primer Congreso del PSOE realizado en el interior de España desde el final de la Guerra Civil.

En aquellos momentos, sobre todo después de la hospitalización de Franco en el verano de 1974, nadie con un mínimo de sensibilidad política o de imaginación histórica podía sustraerse a la inquietud e incertidumbre que suscitaba el futuro de España. Prácticamente todas las personas con las que yo tenía relación profesional o personal en el Insti-

tuto Nacional de Industria (INI), en el Banco de España, en el Ministerio de Comercio, en la Universidad, mis amigos nacionales y extranjeros vivían con la misma ansiedad y temor los nuevos tiempos que, por fin, se abrían a la sociedad española. La mayoría de estas personas trataba de imaginar dónde ubicarse políticamente en una sociedad libre y democrática. Muchos de mis amigos habían sido compañeros de viaje o militantes del Partido Comunista o de alguna de las muchas escisiones (trotskistas, prochinos, etcétera) que se habían producido históricamente dentro de la familia comunista y habían arriesgado, unos más y otros menos, su tranquilidad según el grado de su implicación en actuaciones clandestinas. Pero no faltaban tampoco entre la gente que conocía los que se sentían próximos a la Democracia Cristiana y a sus diversas y discretas organizaciones intramuros o extramuros del sistema o quienes enseñaban una posición liberal. Dentro del propio régimen, los llamados aperturistas se iban posicionando cada vez de modo más claro en favor de la ruptura no violenta, pero firme, con el pasado del régimen franquista aduciendo argumentos fundamentalmente prácticos.

Muchos de nosotros pensábamos que el desarrollo económico y social que España había alcanzado durante los años sesenta y setenta con la emergencia de unas amplias clases medias urbanas y el avance en el nivel de educación del país, así como su situación geográfica en el extremo de Europa Occidental, garantizaban su evolución hacia una democracia parlamentaria homologable con la de los países europeos de su entorno y fácil de encajar en las tradiciones políticas españolas de antes de la Guerra Civil. Pero siendo éste el escenario más probable, nadie podía adivinar cuál sería el camino que nos llevaría a esa situación, cuál sería la resistencia que había de presentar al viejo régimen franquista, cuál sería la posición del Ejército, cuya cúpula seguía tomada por los generales que, como oficiales y jefes jóvenes, habían hecho carrera en la propia Guerra Civil y en

los años posteriores y entre los que la carga ideológica anticomunista, pero también antidemocrática, era muy poderosa.

Tampoco estaba muy claro con qué activos políticos podía contar la democracia para sustituir el tinglado político del Movimiento y desplazar al conjunto de funcionarios que lo mantenían y constituían su burocracia así como la de la organización sindical vertical del franquismo. Los partidos políticos, perseguidos durante tanto tiempo, tenían que darse a conocer, primero, y organizarse, después, para ser instrumentos útiles al propósito de establecer el régimen democrático. Sus dirigentes eran desconocidos para la opinión pública excepto como figuras míticas que vivían en la clandestinidad, perseguidas y acosadas por la policía del régimen. Algunos tenían una larga experiencia de liderazgo, como Pasionaria o Santiago Carrillo; de otros se sabía de su pasado histórico, como José María Gil-Robles. Algunos estaban empezando a constituirse en mitos, como Felipe González, cuyo nombre de guerra, Isidoro, empezaba a ser conocido después del Congreso del PSOE en Suresnes en 1974. Pero a la mayoría de los dirigentes de los partidos antifranquistas sólo les conocían dentro de sus propias organizaciones y no mucho.

Estas consideraciones preocupadas llevaron a muchas personas de mi generación en aquellos momentos a dedicar cada vez más atención a la actividad política, lo que, antes o después, pasaba por la militancia en algunos de aquellos partidos que todavía no eran legales, pero empezaban ya a constituir sus estrategias para facilitar una ruptura con la dictadura y posibilitar la transición hacia la democracia.

Por aquella época (1974) yo era subdirector del Servicio de Estudios del INI. Miguel Boyer era el director y, como muchos otros, los dos vivíamos aquellos momentos con la ansiedad y, al mismo tiempo, con la esperanza que suscitaba aquella situación. En el otoño de 1974 se produjo un úl-

timo coletazo del área ideológicamente más reaccionaria del régimen franquista que desembocó en una crisis de Gobierno de magnitud inimaginable en los tiempos en los que el general Franco tenía todo el poder en sus manos y lo ejercía con la mayor severidad. Con el cese de Pío Cabanillas, ministro de Información y Turismo en el Gobierno de Carlos Arias Navarro, se dio por descontado que el fantasmagórico espíritu aperturista del 12 de febrero había caído víctima del búnker del régimen. Pero, en esta ocasión, las cosas no se detuvieron con el cese de Cabanillas. El vicepresidente segundo del Gobierno, responsable del área económica, Antonio Barrera de Irímo, dimitió y con él lo hizo también Francisco Fernández Ordoñez, presidente del INI, que nos había contratado a Miguel Boyer y a mí. Ambos pusimos nuestros cargos a la disposición del nuevo presidente (Julio Linares) y junto con otra serie de altos funcionarios del Estado y de otros entes públicos abandonamos nuestros puestos de trabajo, aunque los nuestros no fueran por nombramiento político, lo que representó un revés para un régimen no habituado a este tipo de respuestas.

Cuando me reincorporé al Banco de España en enero de 1975 yo ya estaba trabajando codo con codo con los socialistas en sus vínculos intelectuales y de economistas, que nos reuníamos con gran frecuencia (unas veces como afiliados de la Asociación Socialista de Chamartín o la Agrupación de Madrid, otras como miembros del Círculo Jaime Vera, el círculo intelectual del PSOE, y otras veces como miembros de la Unión General de Trabajadores (UGT) de cuadros o, en mi caso, también de la UGT de Banca). Antes de que se impusiera la estrategia de la ocupación progresiva de las áreas de libertad, nosotros estábamos participando junto con muchos otros en manifestaciones de protesta, en homenajes a socialistas y republicanos, en actos públicos que se situaban en la frontera de lo que se podía considerar legal o tolerado en aquellos momentos. En todo caso, las constantes convocatorias a la acción política cada

vez exigían más tiempo de todos nosotros y representaban un mayor conflicto con el ejercicio de nuestras profesiones.

Por aquella época conocí a Felipe González, que seguía en la clandestinidad y estaba pasando unos días en Madrid, donde todavía no residía. Fue en una reunión a la que acudimos no más de dos docenas de personas y en la que nos informó de la línea estratégica aprobada por la Comisión Ejecutiva del PSOE, de la marcha de los contactos y negociaciones con otras fuerzas políticas democráticas para alcanzar plataformas comunes para acabar con el régimen y asegurar un tránsito pacífico a la nueva situación democrática. Felipe González lo explicaba todo de manera sencilla e inteligente. Aunque el cliché ideológico en el que se movían sus análisis era evidente, no se podía comparar en absoluto con los que oíamos y con frecuencia utilizábamos muchos de nosotros en nuestras discusiones políticas. Su enfoque, sin dejar de ser de izquierdas, era mucho más pragmático, y por ello también más original y convincente que las viejas tabarras neomarxistas que solíamos darnos unos a otros, unas veces porque estábamos persuadidos de la vigencia de esas fórmulas de análisis, otras por el temor a no parecer suficientemente de izquierdas si no hacías uso de la dialéctica de lucha de clases. En todo caso, para mí como para muchos otros de la época, el descubrimiento de Felipe González con su capacidad dialéctica, su rápida inteligencia y su instinto político fue un acontecimiento muy importante y un estímulo para implicarme más en la actividad política.

Esto último no era difícil. Todo estaba por hacer tanto en el PSOE como en UGT, que entonces no sólo eran organizaciones hermanas, sino organizaciones hermanas siamesas. Como por entonces había elecciones en los sindicatos verticales, me comprometí en la defensa de una candidatura democrática para las correspondientes al Banco de España, que finalmente ganó. Más tarde, fui elegido secretario del Círculo Jaime Vera, sucediendo a Fernando Baeza, y empecé a organizar una serie de encuentros y a encargar

distintos trabajos a los intelectuales que eran miembros del mismo sobre lo que podría ser el programa del PSOE fundamentalmente en el área económica. Ana Martínez Pujana y Miguel Ángel Arnedo, colegas del Servicio de Estudios del Banco de España, me ayudaron en aquellas tareas, a las que aportaron también sus escritos y reflexiones muchos otros como Luis Gómez Llorente, Baltasar Aymerich, Pablo Castellano, Francisco Bustelo, Miguel Boyer, Mariano Rubio –entonces relativamente próximo al PSOE–, Roberto Dorado y otros cuyos nombres lamento no recordar.

Con el fin de disponer de unos locales mínimos, solicité el apoyo económico de la Comisión Ejecutiva del PSOE. «Es el primer dinero que asigna el partido a una tarea distinta del mantenimiento estricto de los órganos federales», me dijo Alfonso Guerra entre susurros cuando accedió a mi petición mientras mirábamos libros, uno junto al otro, en la librería Antonio Machado de Madrid en nuestra cita clandestina.

Conforme transcurría 1975 me fui apercibiendo de que estaba metido en una especie de vorágine que me llevaba desde Lisboa, en una misión de apoyo fraternal al Partido Socialista portugués, a Bruselas, representando al sindicato de banca de UGT, donde, cuando dormía en Waterloo en casa de Miguel Ángel Martínez, éste me despertó para comunicarme la muerte de Franco el 20 de noviembre de 1975. Una actividad cada vez más exigente que me impedía crecientemente hacer frente a mis tareas profesionales en el Banco de España y que me estaba introduciendo en el tipo de vida desordenada de los políticos en semiclandestinidad que tan difícil era de compatibilizar con una vida familiar razonable. Mientras crecía mi pasión por la actividad política aumentaba también mi convicción de que, al menos en aquellas circunstancias, la dedicación a la política era incompatible con cualquier otra cosa, al menos tal y como yo lo entendía.